

La política española antes y después del 15M

Dídac S.-Costa i Larraburu

EcoSociólogo, Activista y Escritor

Miembro fundador de las EcoXarxes, Coop. Integral Catalana, Calafou y Ecovila Amat

El 15M amplió los horizontes de acción política ciudadana. Igual que el Mayo Francés del 68, con el que comparte varios elementos, no generó cambios inmediatos en la política o en la economía. Pero igual que el Mayo Francés, al mirar atrás, pocas cosas son como eran antes.

Se abrieron nuevos espacios en el imaginario colectivo que cuestionaron el relato neoliberal, colocando en su lugar otro alternativo con nuevas propuestas de organización política y socioeconómica. La sociedad española avanzó en el plano cultural, psicosocial e ideológico, donde se asientan las transformaciones más tangibles que pueden llegar después de forma fluida y casi inevitable. Ésta fue probablemente la aportación más destacada del movimiento de los indignados: el impulso de una transformación de las mentalidades y el reposicionamiento hacia la izquierda del centro político en España.

Las primaveras árabes mostraron que cuando una parte importante de la población acude a las plazas centrales de sus capitales, puede convertirlas en ágoras abiertas de debate público. En espacios de difusión y de organización política ciudadana, sin intermediarios. Y en altavoces de la disidencia y del análisis crítico de las estructuras políticas y económicas. Algo fundamental cuando nuestras sociedades combinan determinadas libertades políticas con modelos estructurales de opresión económica oligárquica que pueden mantenerse únicamente si cuentan con un control también oligárquico de los discursos públicos.

Hasta la aparición de las TIC, este control mediático estaba, en efecto, en manos de unos pocos y poderosos grupos políticos y económicos. Internet, la *blogosfera* y las redes sociales comienzan a resquebrajar ese dominio informativo, haciendo cada vez más difícil mantener estos modelos de *democracia oligárquica*. Pero en España fue sin duda el movimiento de los indignados el que consiguió resquebrajar y poner en jaque una serie de aparentes consensos sociales inamovibles e incuestionables.

El simple hecho de crear un espacio de debate acerca de la polis en medio de la polis, donde decenas de miles de ciudadanos se dieron encuentro durante semanas con un discurso opuesto al hegemónico, es en sí mismo algo subversivo al orden establecido; y a la vez plenamente legal y legítimo. Difícil de silenciar porque, como mostraron también las primaveras árabes, tratar de desalojar las plazas fortalecía internamente al movimiento y en su apoyo ciudadano. Se extendió de forma mucho más amplia que hasta entonces, un análisis social crítico que ayudó a desvelar las medias verdades y falsedades que permiten sostener modelos de opresión sutiles o invisibles como los actuales, mediante el sistema bancario, monetario y laboral. Al estar el avance cultural muy vinculado al número de interacciones humanas, el hecho de haber creado espacios con miles de diálogos e intercambio de ideas, en un entorno de análisis social crítico y creativo entre iguales, el 15M se convirtió en un gran catalizador de avance social.

Del extremo al centro

El 15M traslada a una centralidad política la necesidad de una profunda transformación social. Sitúa en el centro del debate político un nuevo discurso aún difuso e indefinido, intuido más que explicitado, y alejado aún de una unidad en su construcción. Pero que apela a las raíces de los problemas y crea un nuevo marco mental político que reposiciona el eje derecha-izquierda a nivel cultural.

En pocos años, quienes desobedecían leyes y normativas en plazas y mobilizaciones, ocupan posiciones de poder político. Mientras que muchos políticos que nos decían cómo debía ser la sociedad, se sientan en tribunales, en el descrédito y en viejos partidos que no resisten a los cambios de mentalidad. Lo que hasta hace poco se presentaba en los medios y era percibido por amplias capas de la población como una radicalidad innecesaria e incómoda que cuestionaba los cimientos del capitalismo y con él, las vidas de millones de ciudadanos, se convierte en una actitud casi popular. Ser crítico con poderes tradicionales como la banca o los viejos partidos deja de ser algo extremista para ser compartido por mayorías sociales de forma transversal e intergeneracional.

Activistas e ideas de cambio radical pasan en poco tiempo de ser antisistemas minoritarios o utópicos trasnochados, fácilmente criminalizados, a ser portavoces de propuestas de gestión social más viables, humanas e interesantes que las actuales. En los partidos empiezan a estar más buscados que los políticos profesionales. En los medios y en conferencias académicas las experiencias altersistémicas y los relatos de activistas están al fin presentes tras décadas de innovación social aplicada invisibilizada. Tanto los medios como la población o las universidades los perciben como personas que hablan un lenguaje distinto, aún sorprendente y contrastivo, pero en los que se percibe una conexión con verdades más fuertes que las que sostienen aún al capitalismo industrial y financiero.

Recientemente, un sinfín de filtraciones nos han permitido conocer muchas prácticas en las esferas del poder de dudosa legalidad: los *Papeles de Panamá*, *Wikileaks*, Snowden, Falciani, Bárcenas, las negociaciones secretas del TTIP o el reciente intento por parte de los servicios de seguridad española de captar a un activista anarquista en Barcelona para recabar información de quienes acuden a ateneos culturales. A la vez, no existe una amenaza real de insurrección violenta por parte de los ciudadanos críticos con el capitalismo y el estado, que tan sólo se unen para crear estructuras que regeneren lazos sociales, profundicen la democracia o ayuden a los más necesitados.

Esto nos sitúa ante la paradoja de que quienes quieren subvertir y superar el actual orden legal y socio-económico no incumplen -aparte de los *okupas*- ni siquiera una normativa; mientras que los poderes hoy hegemónicos que tratan de mantener los actuales modelos económicos y geopolíticos incumplen de forma sistemática las leyes. Tanto al beneficiarse de ellos como al acallar y vigilar las alternativas y voces críticas. El PP ha sido recientemente calificado por un juez como una *organización creada para delinquir*. *Greenpeace* puso al descubierto los detalles de las negociaciones secretas para impulsar el TTIP, cuando éste tratado determinará cientos de políticas y normativas que nos afectan directamente y que teóricamente deberían debatirse y votarse libremente y de forma transparente en nuestros parlamentos. Quedan al descubierto sistemas de vigilancia claramente inconstitucionales de los servicios secretos norteamericanos a Angela Merkel y a millones de ciudadanos poco sospechosos de terrorismo o insurrección armada -entre otras cosas porque ésta no existe más allá del terrorismo del fascismo islámico.

Confluencia de ruptura y reforma

En el 15M se dieron encuentro reivindicaciones y propuestas de cambio nuevas y viejas, locales y globales, convergiendo luchas que pueden enmarcarse en dos grandes familias políticas. Dos frentes históricamente confrontados y que en el 15M lograron complementarse y trabajar mano a mano: el reformista y el revolucionario.

El primero, de matriz socialdemócrata, reclama cambios en las políticas públicas y la recuperación o ampliación del Estado del Bienestar. El segundo, de sensibilidad libertaria y rupturista, desea una revolución desde la autogestión ciudadana. Con nuevos modelos y estructuras de vehiculación de la política que permitan prescindir no sólo de los viejos partidos sino también de viejos métodos partidistas de organización social. Construyen alternativas desde fuera del sistema, sin esperar de él nada más que no ser reprimidos. Su experiencia fue decisiva para organizar asambleas multitudinarias, y sin ellos, probablemente, el 15M hubiera sido una manifestación más.

Por otro lado, la presencia de los sectores reformistas o socialdemócratas permitió que estas demandas de cambio más radical se dieran la mano con muchas familias e individuos que también apostaban por cambios profundos pero de un modo menos rupturista. Como los sectores del 15M que reclamaban

reformas del sistema electoral, de la educación o la sanidad pública, muy activos en las protestas y en las plazas. O la PAH, que a pesar de la acción directa para evitar desalojos y de organizar obra social autogestionada con la ocupación de edificios abandonados para ofrecérselos a familias con necesidad de vivienda, centraba buena parte de su lucha, como no podía ser de otro modo, en la reivindicación de cambios legislativos que sólo pueden lograrse desde las instituciones.

También fue decisivo para el 15M en su salto de una clásica manifestación local o sectorial de los ya convencidos a un motor contagioso de cambio social, que tomara parte en él de forma masiva un sector aún más moderado: las mayorías sociales que, desde casa, en muchos casos desde el sofá, mirando la televisión y llevando un modo de vida posiblemente opuesto al 15M, apoyaban la protesta. Las encuestas revelaban que un 80% de la población del estado español estaba de acuerdo con las demandas de los indignados. Muchos de ellos visitaron o pasaron unas horas en las plazas, con sus hijos o nietos, aportando sus visiones, experiencias o indignación a las asambleas y en los muchos espacios de encuentro social. Se unieron a las miles de microágoras ciudadanas que durante unas semanas se desplegaron en las plazas de cientos de pueblos y ciudades del estado, apoyando y sumándose a causas que quizás acababan de conocer y participando en los espacios de formación y de muestra de experiencias y proyectos. En esta inédita confluencia de luchas encontraron lugar incluso las visiones liberales que reclamaban un sistema capitalista sencillamente honesto con sus supuestos fundamentos.

Fruto de esta amplia convergencia, en el 15M se debatió entorno a tres modelos distintos de democracia: las demandas de mejora y profundización de la **democracia representativa**, reclamando que pasara de la actual **democracia oligárquica** a una **democracia popular**, donde los gobernantes se ajusten plenamente a los métodos de control social y ciudadano. Impidiendo abusos de mercado y de la clase política; regresión de derechos sociales o recortes del Estado del Bienestar. Una democracia representativa simplemente más plena y honesta que la actual, y un mercado realmente liberal o social-iberal, no oligopólico como al que tiende el neoliberalismo.

Otra apuesta de sectores del 15M era por alcanzar un nivel más profundo y ya distinto de democracia, la **participativa**. Con sistemas como el *Presupuesto Participativo* de Porto Alegre, Brasil, donde se llevan a cabo consultas ciudadanas para definir las prioridades en la asignación de los presupuestos públicos. Posiblemente la primera tecnología socio-política que el Norte geopolítico importa del Sur. Y un tercer nivel de democracia aludía a una democracia **directa** o **asamblearia** como la que se practicaba en las plazas, que hoy es viable de un modo más amplio con los nuevos formatos **P2P** en política que permiten una democracia líquida. Con medios que, como en el *Software Libre* o *Wikipedia*, hacen posible un entorno de toma de decisiones *libre, abierto, entre iguales, multitudinario y para el común*.

Nueva política en viejas sociedades

El 15M se ha diluido como movimiento y ha tardado en cristalizar en formas políticas muy probablemente por estas visiones distintas de hacia adónde debía seguir nuestra sociedad, con qué tipo de transformaciones, hasta qué profundidad, para iniciar qué modelo de democracia y con qué medios.

La diversidad de opciones políticas de la que se nutrió lo reforzó por su transversalidad, pero le dificultó la elaboración de un discurso y una acción homogénea. La indignación respecto lo que no se deseaba era amplia, clara y de consenso. Pero la vehiculación del descontento de forma propositiva en la construcción de alternativas entrañaba, como no podía ser de otro modo, más matices, debates y divergencias. A diferencia de otras revueltas y revoluciones, en este caso no había un manual predeterminado de cambio social. El debate sobre si debía pasar por una reforma de los actuales partidos; por la creación de otros nuevos; o por prescindir de la política institucional en conjunto, era de tal envergadura y profundidad, que era difícil que el 15M se mantuviera como movimiento social unitario. A pesar de haber continuado en muchas luchas y facetas, mejor coordinadas entre sí de lo que lo estaban antes del 15M.

Esto ha hecho que el 15M haya tardado años en generar propuestas políticas como *Podemos*, *En Comú*, el refuerzo de las *CUP* (con 3 décadas de política municipal), las *confluencias* de Podemos y muchas otras nuevas candidaturas ciudadanas locales que gobiernan ayuntamientos. El principio de *autogestión*, presente en las plazas -como en el Mayo Francés- hizo que el grito de los indignados por recuperar o conquistar derechos sociales no pudiera quedar sólo en demandas de cambio a los partidos políticos tradicionales, especialmente al viejo bipartidismo. Esta autogestión llevó a que se vehicularan institucionalmente estas demandas mediante nuevas formas de organización política más abiertas, circulares y participativas.

Pero también, bajo el radar de los grandes medios de comunicación y de la gran política, en el fortalecimiento de los movimientos sociales *altercapitalistas*, autogestionarios y asamblearios, y la entrada en ellos de miles de ciudadanos que hasta el 15M llevaban una vida alejada de colectivos críticos y contraculturales. Son sectores extraparlamentarios, libertarios, asociaciones y movimientos sociales como la *okupación*, el software, hardware y la cultura libre, la permacultura, la agroecología, las monedas locales o el cooperativismo integral.

El 15M ayudó a romper con la visión profesional y partitocrática de la política. Demostró que se podía hacer desde los barrios y con nuevos formatos. El clásico desinterés de los jóvenes en la política convencional no se correspondió con el 15M, integrado mayoritariamente y de forma entusiasta por jóvenes. Pero esta nueva conciencia política de cambio social choca aún con la estructura partitocrática actual y con los mecanismos de socialización, anclados en modelos de vieja política, autoritarios, jerárquicos y en estructuras cerradas.

Para identificar qué es y qué no es nueva política, podemos ayudarnos con algunos interrogantes:

- ¿De dónde proviene el poder; de arriba a abajo o de abajo a arriba?
- ¿Quien gobierna, quien obedece? ¿Quien determina, quien controla?
- ¿La comunidad o las cúpulas de los partidos?
- ¿Bajo formas circulares, asamblearias y basadas en el consenso, o no?
- ¿Qué desafía con su programa, discurso y acción política?
- ¿Estructuras básicas de nuestra sociedad como las denunciadas por los indignados?
- ¿O sólo cambios formales para mantener intactos los órdenes sociales hegemónicos?
- ¿Prioriza intereses de partido y de acceso al poder o bien el interés común?
- ¿Se escucha y se obedece a la ciudadanía o a los poderes fácticos?

Deleuze escribió que ser de izquierdas significa preocuparse primero por la humanidad, después por su país, su comunidad, su familia y finalmente por uno mismo. Y ser de derechas, todo lo contrario. Algo muy aplicable a los partidos y que también puede ayudarnos a distinguir la vieja de la nueva política.

Un caso claro de impostura en la nueva política es *Ciudadanos*. No desafían los poderes oligárquicos globales y locales, a los que, al contrario, parecen defender y abanderar, como se les critica a menudo al considerarse *el partido del IBEX*. Ni son asamblearios en su organización interna. Responden más bien a la necesidad que verbalizó un dirigente del Banc Sabadell: “hay que crear un *Podemos de derechas*”. Han copiado, eso sí, el rostro juvenil y la estrategia comunicativa de Podemos. Consiguiendo pasar en pocos meses de ser irrelevantes a ser un partido presidenciable gracias a una sospechosa sobre exposición mediática. Pero mientras C's hizo un pacto de gobierno con el PSOE sin consultar sus bases, Podemos sometió a votación su incorporación a ese mismo pacto. 170.000 militantes participaron en un sistema informático de votación interna que podría copiar cualquier otro partido que realmente quisiera explorar formas políticas más participativas. O las CUP, que tuvieron en vilo a Catalunya y España a la espera de las decisiones de sus asambleas multitudinarias en su rechazo a la investidura de Mas.

Nuevos liderazgos circulares

La nueva política llega también con un nuevo modelo de liderazgos. Existen, pero son circulares, no jerárquicos y autoritarios. Están sujetos a su comunidad y suponen sacrificio en lugar de beneficios. No obtienen privilegios durante o después del paso por la política, que se plantea como un paréntesis en la vida profesional para servir temporalmente a la comunidad. No es un modo de vida, ni se sale más rico de ella.

Al haber visto activistas como Ada Colau dar su tiempo, energía y proyección pública para una causa como la PAH, motivada por cuestiones éticas compartidas y generosas, reconocemos en la actual alcaldesa de Barcelona algo inusual en política: una firme confianza personal de que lo que la ha llevado a ella y a

tantos otros activistas a entrar en política es proseguir esta misma lucha ética más allá de intereses personales. Si lo hará bien o mal, si tiene estudios y carrera política es secundario. Sabemos al menos que su motivación es honesta y dedicada; es al servicio de su comunidad y no en la búsqueda de privilegios personales. Como la alcaldesa de Madrid, también con una larga carrera en la defensa de derechos laborales.

Intuimos que Carmena, Colau o David Fernández de las CUP (estos últimos, los políticos mejor valorados en Catalunya en los últimos años) no sólo son menos corruptibles, sino que ofrecen mayores garantías de honestidad por lo que ya han estado haciendo y por lo que han demostrando creer. Por cómo han hecho política, antes, durante y después de su paso por las instituciones. Intuimos que esto es hacer verdadera política. En lugar de la que aún predomina en parlamentos y ayuntamientos, que va naufragando por sí sola y derivándose a juzgados y cárceles.

Esta nueva política, es, de hecho, política ancestral. O zapatista o libertaria. Es trasladar el tipo de liderazgos de los movimientos sociales a la política; entrar en ella para servir a la comunidad, ser una voz y un representante de ella, estando sujeto al control permanente de la asamblea. Rehuyendo personalismos y abandonando ese liderazgo pasado un tiempo o en caso de cometer alguna falta grave, ser incoherente con lo que el grupo espera de él/la, o abusar del poder que el grupo le confiere. Las ágoras de las plazas recuerdan a los modelos pre-romanos de gestión política comunitaria, tanto en Indioamérica como en Europa con el *comunal*, los *concejales abiertos* y otras formas de democracia directa desde las aldeas. Como tal vez sólo se de hoy plenamente en las CUP, donde sus representantes electos donan un buen porcentaje de sus salarios al partido, recortan los sueldos de los empleados públicos al llegar al poder, y no pueden tomar decisiones sin consultar sus bases. Lo que supone un desafío a la hora de combinar este nivel asambleario y colectivo con la necesidad de toma de decisiones ágiles en política institucional, a veces inmediatas y que afectan a todo un país. Lo que era inimaginable hasta hace poco, pero mucho más viable con los medios wiki-acráticos que brindan las TIC.

De las esperanzas en la política a los movimientos sociales

El 15M recuerda en parte a la transición del 78 en cuanto a los síntomas en la calle de un régimen que muere por cansancio y obsolescencia, por vejez y falta de actualización con los tiempos políticos y tecnológicos que le rodean y lo cercan.

Pero es muy distinto en cuanto a las maneras de vehicularse. A pesar de las esperanzas aún depositadas en *Podemos* o *En Comú*, ya no pasa sólo por partidos sino mucho más por movimientos sociales. Probablemente esto se deba en buena medida a la decepción de las izquierdas ibéricas de haber dejado en manos de la gran política institucional la creación de una nueva sociedad en 1978, para llegar a un modelo de estado claramente oligárquico, con demasiados vínculos con el anterior régimen y sin un partido hegemónico verdaderamente socialdemócrata. Un estado en el que, como decía una frase del 15M,

“nuestra democracia no cabe en sus urnas”. Y también puede deberse a que los modelos de cambio que vemos aparecer en el mundo, presentes o hermanados con el 15M, están hoy claramente liderados por movimientos sociales mucho más que por partidos políticos. Con propuestas que van más allá del mercado capitalista, del estado y de la política institucional.

Aún está por ver si Podemos y las confluencias y candidaturas ciudadanas en pueblos y ciudades son herramientas legítimas, eficientes e incorruptibles de vehiculación de las demandas de los indignados y respetan sus métodos asamblearios. O si son, al contrario, nuevas formas de encauzar el descontento social del 15M por vías no rupturistas, vaciándolas de contenido y ajustándolas a los márgenes de un reformismo que mantenga intactas las estructuras de poder y opresión.

El 15M también se enlaza de forma contemporánea con las hoy ya naufragadas primaveras árabes; con *Occupy Wall Street* y con otros movimientos de indignados del mundo, como el actual *Nuit Debout* en Francia. Reivindican cosas distintas en realidades socio-políticas y culturales muy diversas e incluso con nombres diferentes; en lugares lejanos y desde luchas e incluso familias políticas distintas. Pero aún así se reencuentran y se reconocen en las formas; hermanándose en la distancia y la diversidad.

También fue muy relevante lo ocurrido en 2015 con *Syriza* y su pulso a las instituciones financieras y políticas europeas. Las protestas multitudinarias en las plazas y calles de Grecia cristalizan antes que en España en un partido político transformador, que llega al gobierno desafiando las lógicas y estructuras del neoliberalismo europeo. Hasta que el país, muy dependiente de la banca europea por su elevado endeudamiento, entra en una situación de chantaje, desestabilización financiera y amenazas de la *Troika*. Logrando doblegar a Tsipras, a su proyecto político e incluso al referéndum ciudadano celebrado, con un resultado contrario a las condiciones impuestas, que están siendo hoy aplicadas en Grecia.

Los detalles del proceso son complejos de analizar, pero el fraude democrático es evidente, y los poderes fácticos europeos y las derechas conservadoras y social-liberales consiguen, por ahora, su objetivo: argumentar con hechos que esta izquierda, situada más allá de la vieja, fiel y abnegada socialdemocracia (hoy ausente y convertida tan sólo en un cínico social-liberalismo) no puede cumplir sus promesas, situadas más allá del “realismo”. De una supuesta *realpolitik* que amaga un neoliberalismo radical y acrítico, que no resiste ningún análisis empírico y ni siquiera teórico. Pero que aún así, a pesar de contener en sí mismo las causas de su inestabilidad e inconsistencia, ha logrado sobrevivir y salir reforzado de su propia crisis sistémica.

El forzado fracaso de Syriza a la hora de crear una alternativa al pensamiento único neoliberal de la *Troika* supuso un freno al avance, hasta entonces imparable en Grecia y España, de las izquierdas políticas transformadoras. Que aún se recuperan de este aparente encontronazo con una realidad generada por la

unión estratégica de los poderes fácticos europeos para hacer descarrilar la que amenazaba en convertirse en una alternativa geopolítica relevante en medio de Europa. Al igual que históricamente ha sucedido en cualquier otro país que ha querido ir más allá de los márgenes permitidos por conservadores, liberales y social-liberales. Como sucede hoy con los procesos bolivarianos, en permanente ataque y desestabilización por parte de oligarquías locales y poderes globales. Y a los que, reconociéndolo o no, se asemeja al programa de Podemos. Una propuesta política que en realidad no es más que una nueva formulación de la vieja socialdemocracia; ni anarquismo, ni comunismo, ni dictaduras, ni romper con la geopolítica, el capitalismo o el comercio global. Pero una socialdemocracia honesta, distinta al *social-liberalismo* al que se han convertido los autodenominados partidos socialistas europeos.

Grecia dejó en evidencia para todos los públicos que la democracia es ya tan sólo una *creditocracia* en la que ya no existe soberanía ciudadana. (Como explica magistralmente el documental *Debtocracy*). La poca que quedaba en los estados ha sido transferida a Europa y a espacios como el *Eurogrupo* o el que negocia el TTIP, con escaso control democrático. El poder de *lobbies* en Bruselas que promueven normativas europeas a conveniencia de los intereses corporativos, supera al de las urnas en la definición de nuestra realidad.

Entre la Plutocracia y la WikiAcracia

Los indignados norteamericanos acertaron en identificar a los oponentes de una democracia más real y profunda, económica, social y cultural. Dejaron de lado el debate entre izquierdas y derechas, y se centraron en el *1% contra el 99%*. Un análisis que sin duda corresponde perfectamente a la realidad sociopolítica global y de cada estado. Donde efectivamente, se mire por donde se mire desde el punto de vista sociológico y socio-económico, vivimos en sociedades determinadas por esa realidad. Aunque se mire por donde se mire en medios de comunicación y universidades, nada se diga ni analice al respecto.

Lo que creímos que eran *demo-cracias*, el poder del pueblo, se han convertido, si es que algun dia dejaron de serlo, en *pluto-cracias*, el gobierno de los ricos; sistemas de *oligarquía* económica, política, social y cultural donde el 1% más rico del planeta posee lo mismo que el 99% restante, como confirmaba un reciente estudio de *Intermon Oxfam*. Viendo aumentar la desigualdad durante las últimas décadas de pensamiento único neoliberal y en estos años de crisis financiera global. Un dominio económico que se traduce en un control también oligárquico de la política, la geopolítica global y los discursos sociales.

Dejando un escenario con tres grandes clases sociales: una *hiperburguesia global*, ese 1% de rentas más altas del planeta y en cada país. Y el resto de la población, más o menos precarizada y desposeída en otras dos grandes clases sociales según habiten en países de capitalismo desarrollado con estados del bienestar o en el Sur geopolítico. Que, lejos de las pretensiones del relato neoliberal de enterrar el análisis marxista con la caída de la URSS, siguen manteniendo una dura lucha de clases. Donde la clase propietaria está

ganando de forma avasalladora, como reconoció provocativamente uno de sus máximos beneficiarios, Warren Buffet.

Hemos sido secuestrados por *Goldman Sachs* y otros pocos centros de poder financiero e industrial global, que colocan presidentes y ministros de finanzas a dedo ya no sólo en *repúblicas bananeras* del Sur geopolítico sino también en Europa y Estados Unidos.

Sólo así puede combinarse un modelo prácticamente colonial y feudal con nuestras democracias formales. Como decía otro de los reveladores lemas del 15M: “si el voto sirviera de algo, estaría prohibido”. Internet ofrece, a la par que herramientas de liberación, nuevos instrumentos de control social mediante el *Big Data Computing* y otros sistemas de seguimiento de los ciudadanos, desvelados por nuevos héroes globales contemporáneos como Snowden o Assange.

En el lado opuesto, la democracia puede estar a la vez frente a una profunda redefinición donde los mismos métodos abiertos y horizontales de edición de Wikipedia se trasladen a sistemas de democracia líquida y directa en la toma de decisiones por sectores, temas y regiones. Creando modelos de gobernanza líquida, mucho más participativas y on-line, en *Open Source* o en *Crowdsourcing*. Como ya están poniendo en práctica experiencias como el *Multireferéndum* o el *Parlament Ciutadà*, con participación permanente, revisión entre iguales y multitudinaria, y nuevos canales de debate y acción política.

Las TIC abren un nuevo universo de relaciones P2P o *wikiacráticas*, marcadas por estructuras horizontales, libres, entre iguales y para los *commons*, para el común o comunal, como Wikipedia, Free Software, Open Source Hardware; o en el nivel local las monedas sociales o las cooperativas de consumo. Así como muchas aplicaciones colaborativas de *capitalismo distribuido* como Über, Coach Surfing, AirBnb, Bitcoins, etc. O de *capitalismo netárquico* como Facebook y Google que, sin diferenciarse del resto de empresas en su fin de lucro corporativo y sin perder las riendas de un control completo y centralizado de sus plataformas, sí modifican sus métodos de relación con sus clientes e incluso en su organización interna, mucho más participativos y en red.

Este escenario nos situa en una encrucijada entre dos modelos opuestos de sociedad: Democracias 2.0 o Autoritarismos 2.0. El primero juega con el tiempo y las tecnologías a favor; el segundo con las herramientas del SXX, obsoletas pero aún poderosas, fortalecidas con Internet. Sin alternativa o respuesta articulada en muchos campos. Y con un control a su favor de los discursos sociales y la comunicación. Donde intentan con poca fortuna tratar el potencial liberador de un conjunto de tecnologías, las TIC, que vienen de la mano de profundos cambios sociales, económicos, políticos y culturales. Por su propia estructura en red, democratizadora, abierta, libre, gratuita, horizontal, entre iguales, global e instantánea.

El 15M nos invitó a imaginar y a ensanchar los márgenes de una realidad social hasta entonces, aparentemente inmutable. La crisis sistémica global, nos obliga a hacerlo para adivinar nuevas formas más sostenibles y justas de organización socioeconómica global. Y las TIC y la propia obsolescencia de muchos viejos modelos de organización social facilitan enormemente este proceso.

Veremos durante estos próximos años la profundidad y honestidad de las nuevas estructuras más horizontales, libres y abiertas que nacen en muchos campos de la vida social. Desde la política a los medios de comunicación, el desarrollo informático o cultural.

Si nos conducen, como todo apunta, a nuevos modelos de sociedad esencialmente distintos a los actuales, mucho más libres e igualitarios, dejando atrás las estructuras cerradas oligopólicas, jerárquicas y autoritarias del S.XIX que aún nos gobiernan. Conduciéndonos a nuevos modelos de democracia líquida o wikiacracia que permitan un verdadero cambio social.

O si, como ha sido habitual a lo largo de la historia, los poderes oligárquicos logran frenar y reconducir por la senda de la “normalidad” institucional el descontento y la necesidad de una verdadera nueva política y economía expresada por los indignados. Con nuevos rostros que permitan mantener intacta la agenda neoliberal y sus estructuras intrínsecas de dominación de minorías cada vez más reducidas sobre el resto de la población.